

BENDICION

PARA EL HOMENAJE AL R. P. PEREZ GOYENA

Gran complacencia sentimos en patrocinar este homenaje científico, que se rinde a un ejemplar sacerdote religioso, hijo ilustre de Navarra y desde hace largo tiempo residente en nuestra archidiócesis.

El R. P. Antonio Pérez Goyena, S. I., ha cumplido ya ochenta años de vida religiosa, que es decir de consagración total al servicio divino. Y en ocasión tan propicia, hombres estudiosos en campos en que él ha trabajado han querido unir sus voces en un homenaje común de sabias aportaciones, para proclamar ante el mundo su unánime reconocimiento de los muchos méritos que el venerable anciano ha contraído en la ciencia, como lo patentizan sus múltiples y valiosos escritos. Nada más justo. Pero Nos querriamos añadir a esa ofrenda un sentido más íntimo, el de un homenaje al aliento espiritual que ha animado esa labor y que no es sino el ansia sobrenatural de un auténtico consagrado al más alto empeño.

Aparte el tiempo de su infancia vivida en una cristianísima familia y el de su larga preparación religiosa e intelectual al apostolado, sesenta y cuatro años largos de sacerdocio activo en la celebración diaria de la santa misa y en la cotidiana oblación del "sacrificium laudis", fuera de la mucha oración privada, suponen un benéfico influjo no ordinario en la vida misteriosa del Cuerpo Místico.

Luego la labor directamente apostólica. El R. P. Pérez Goyena entró sin duda en la Compañía de Jesús con ambiciones de conquistista, a ejemplo de aquel divino impaciente, que a tantos paisanos suyos ha arrastrado tras de sí al apostolado. Y cuando sus supe-

riores le señalaron un escritorio como campo de acción, a la vista está que en él puso todo su afán luchador, dispuesto a que durante toda su vida, como ha sucedido, sus únicas armas de combate, después de las espirituales, fueran unos ojos sanos para leer y unas manos capaces de manejar vigorosamente una pluma. Vida oscura y abnegada, que ha trocado la labor directa en las almas, espiritualmente tan halagadora, por un árido retiro sin más panorama que libros y pergaminos. Y por eso, vida heroica. Pero a la vez vida de gran valor ante la Iglesia, ya que podemos suponer que su trabajo ha sido en definitiva, y lo seguirá siendo, de provecho apostólico mucho más fecundo y más duradero que el directo con las almas.

Es que manifiestamente el principal motivo de su actividad ha sido su intenso amor filial a la Iglesia, como se rezuma lo mismo en sus comentarios de encíclicas y de disposiciones pontificias, que en su prontitud por defenderla sin cobardía de ningún género cuando la veía atacada, como en combatir a los que él consideraba como los dos peores enemigos doctrinales de la fe cristiana: el liberalismo y el modernismo.

Con ese amor a la Iglesia se ha juntado en él amigablemente un sano patriotismo espiritual. El centró su actividad investigadora sobre todo en la historia de la teología española, y mientras por una parte gozaba jubilosamente al descubrir muestras desconocidas de lo que hicieron nuestros teólogos del pasado y al percibir en la actualidad española un resurgimiento prometedor y creciente de la ciencia sagrada, por otra se dolía de que nuestros autores no fueran conocidos más allá de las fronteras como merecían. Pero no se contentó con dolerse, sino que tenemos que agradecerle el haber hecho cuanto pudo por difundir en el exterior la fama de nuestros escritores eclesiásticos.

Todo esto es general. Pero nuestra archidiócesis tiene para con el R. P. Goyena especiales motivos de gratitud. Primero, porque durante quince años regentó con escrupulosa entrega en nuestro seminario la cátedra de Sda. Escritura, hasta que ya a sus ochenta y tres años, al ir con su habitual diligencia y puntualidad un día intensamente nevado a cumplir su oficio, sufrió un grave accidente que fácilmente pudo ser mortal. En aquel puesto, con un criterio tan sano y abierto como profunda erudición y con el ejemplo de su vida sacerdotal perfumada de caridad y modestia, cooperó en

alto grado a formar científica y espiritualmente generaciones enteras de nuestro clero diocesano.

Y luego, porque, en los treinta años que ha dedicado con singular competencia a investigaciones culturales navarras, ha publicado numerosos estudios de gran interés para la historia de la Iglesia en Navarra. Subrayemos sobre todo el de *La Santidad en Navarra*, que puso al descubierto lo mucho que Dios ha bendecido a esta tierra con sus gracias extraordinarias, y el de *Contribución de Navarra y de sus hijos a la historia de la Sagrada Escritura*, en que aparece el fervor no común con que entre nosotros se promovió siempre cuanto hubiera de ayudar al enriquecimiento y difusión de los conocimientos bíblicos. Precisamente ambos estudios contribuyen no poco al esplendor de la colección de nuestro seminario "Pampilonensia", de la que vinieron a formar parte.

Damos pues gracias al cielo de que nos haya regalado con este modelo constante de ferviente y sacrificada vida sacerdotal y apostólica. Y pedimos le acreciente cada día los dones espirituales. Sea para él y para cuantos han colaborado en este cumplido homenaje científico nuestra pastoral bendición.

Pamplona, 12 de enero de 1960.

+ Enrique Delgado
Arzob. de Pamp^{na}